

# **JAVIER ZAMORA**

## *Solito*

Traducción de José García Escobar



Por decisión editorial se han utilizado y normalizado términos propios del argot y la oralidad salvadoreñas y mexicanas, incluyendo el voseo propio de los centroamericanos o el hecho de que sustituyan el verbo «ver» por el verbo «mirar». También apropiaciones del inglés y ciertas palabras que pareciera pueden estar mal escritas (como el caso de «persinar» por persignar). También ha tratado de respetarse el tono y el vocabulario del protagonista, un niño que cruza solo una frontera. El epígrafe de Charles Simic, que abre la última parte del libro, se conservó en su idioma original a petición del autor y por ser el capítulo relacionado con la vida del protagonista en Estados Unidos.

*Para Patricia, Carla, El Chino  
y todos los inmigrantes que conocí  
camino a Estados Unidos y que no volví a ver.  
No estaría acá sin ustedes.*

Los eventos y personas mencionadas en este libro son reales. Para proteger la identidad de algunos, cambié sus nombres o usé apodos.

Nuestros cuerpos son los textos que transportan los recuerdos y por consiguiente los recuerdos son, como mínimo, una reencarnación.

KATIE CANNON

(cita incluida en *El cuerpo lleva la cuenta*)

Tanto los niños como las niñas, por ejemplo, hicieron referencia al tiempo perdido y en particular a la singularidad del amor de una madre. Más de uno también describió la sensación como si tuvieran un hoyo en el corazón debido a la ausencia de sus madres.

De esta manera, siempre estaban envueltos por una sensación de anhelo.

LEISY J. ABREGO

*Sacrificando familias: Navegando leyes,  
trabajo y amor a través de las fronteras*



*La Herradura, El Salvador**16 de marzo de 1999*

Viaje. Mis papás empezaron a usar esta palabra hace más o menos un año. «Un día, te vas a ir de viaje para estar con nosotros. Va a ser como una aventura. Como la que Simba tuvo antes de regresar a su casa». Por esa misma época ellos me mandaron unos casetes de *Aladino*, *Jurassic Park* y *El rey león*, y una videocasetera cuando cumplí ocho años.

«Viaje», dicen ahorita que hablo con ellos en la casa de El Panadero. Abuelita Neli, El Abuelo y yo venimos aquí para llamar a mis papás por teléfono, porque no tenemos uno en la casa, pero sí tenemos una tele a color, una refrigeradora nueva y un tanque de peces.

—¡Javiercito!

Abuelita Neli me hace señas. Siempre me ha dicho así. No me dice Chepito porque creo que le recuerda a cómo le dicen a El Abuelo en el pueblo: Don Chepe.

—Tus papás dicen que ya casi vas a estar con ellos —dice Abuelita Neli sonriendo, pelando sus dos dientes de arriba que tienen líneas doradas. Sus camanances hundiéndose más en su cara redonda.

Tía Mali también tiene una cara redonda, pero no está aquí porque está trabajando en la clínica. Ella y Abuelita Neli cada vez dicen más y más esa palabra. Viaje esto, viaje

aquello. Viaje, viaje, viaje. Puedo sentir El Viaje en las plantas de mis pies. Lo veo en mis sueños.

A veces sueño que soy Superman o Gokú y que paso volando sobre los campos, los ríos, sobre El Salvador; sobre todos los países, sobre la gente, pueblos, que paso volando hasta llegar a California, donde están mis papás. Sueño que toco el timbre. Que ellos abren su alta, grande y ancha puerta hecha de madera café, la más café de todas, y yo corro hacia ellos. Ellos me enseñan la sala. Su enorme televisor. El patio de atrás donde hay una piscina, un jardín, árboles de fruta, una pequeña cancha de fútbol, un muro pintado de blanco. Me subo a sus árboles de marañón, me como sus mangos, juego en su jardín...

Cada noche, después de rezar y antes de dormir, me acuesto en la cama y pienso en ellos. ¿Cómo será su cama? ¿Será grande? ¿Será que tienen una cama de agua, como las que salen en las películas? Imagino sus sábanas blancas, las más suaves del mundo. Imagino acurrucándome en medio de los dos. Mi Mamá a la izquierda. Mi Papá a la derecha. Un mosquitero cubriéndonos a todos como una corona.

Siempre que atrapo una esperanza verde, siempre que encuentro una pestaña, cada vez que veo pasar una estrella fugaz, deseo estar durmiendo con ellos en La USA, de estar comiendo helado de naranja. No le cuento esto a nadie. Siento que si alguien se entera no se va a cumplir mi deseo.

También tengo pesadillas. Sueño que me crece la barba y mis papás todavía no han regresado. Sueño que tengo treinta años y aún no estoy con ellos. ¡Treinta años! Sueño que me persiguen unos piratas o que estoy bajando un cerro y viene un deslave.

«Esos sueños son los que tenés que contarle a alguien tempranito en la mañana, para olvidarte de ellos. Pero nunca en la cocina, si no, los sueños se caen en la panza y así empieza la indigestión», así me dijo un día Mi Mamá y no se me ha olvidado.



Viaje. Empecé a decir Viaje en la escuela. Empecé a decirle a mis mejores amigos, «Fijate, vos, un día me voy a ir de viaje y va a ser como jugar escondelero, pero de a de veras».

Cuando estaba en primero, yo era el único que no vivía con sus papás. Tía Mali dice que ellos se fueron a La USA porque antes de que yo naciera hubo una guerra y no había trabajo. Ahora la mayoría de mis amigos tampoco tienen a sus papás en casa. Los más suertudos se han ido para estar con ellos allá. La mayoría se fue en avión.

En el recreo mis amigos y yo hablamos de comer nuestra primera pizza de pepperoni, como las que comen las Tortugas Ninja, o una lasaña, como Garfield, o comer McDonald's, ver la nueva de *Star Wars* en un cine con aire acondicionado, o comer palomitas con mantequilla. Nunca he probado ninguna de estas cosas. Solo la pizza de Pizza Hut y fue apenas la Navidad pasada.

—Pero, ¿nos vas a extrañar? ¿Sí nos vas a extrañar? —preguntan mis amigos.

—Puesí —digo, pero la verdad es que no sé.

Yo les pregunto a ellos si van a extrañarme a mí. «Ahuevos», dicen; ninguno de los niños que se han ido a La USA han vuelto de visita. A veces vemos a la abuela o el abuelo de esos niños, caminando por la calle, y les preguntamos que cómo está Fulano y Mengano, y ellos responden, «Fulano y Mengano les mandan saludos». Eso es lo más cerca que estamos de ellos. «Ay, gracias, doña. Gracias, don. Díganles que nosotros también les mandamos saludos». Pero nunca escuchamos nada de vuelta.

El Panadero todavía está aquí en el pueblo. Su esposa y sus seis hijos también. Se ven felices. Yo quiero que toda mi familia esté en el mismo cuarto, como la familia de El Panadero. Todos mis amigos y yo queremos estar con nuestros papás allá donde todo es nuevo; donde camiones recogen la basura, donde el agua sale de chorros plateados, donde cae la nieve más blanca, donde la gente tiene peleas de nieve y donde cortan pinos de verdad para Navidad; allá no pintan de blanco ramas de algodón, como hacemos acá.

Mayo y junio son los meses más tristes porque nuestros papás no están aquí y nosotros no estamos allá. Para la mayoría de nosotros, son nuestros abuelos los que llegan a los actos del Día de la Madre y Día del Padre. No es como que no queramos a nuestros abuelos. Los queremos mucho. Adoro a Abuelita Neli. Me gusta todo lo que cocina. Me gusta cómo su pelo colacho atrapa mi cara. Me encanta su pelo que tiñe de negro, su pelo corto que hace que ella se mire puro micrófono, su pelo que huele a pupusas cuando me abraza. Me encantan sus camanances y cómo aparecen siempre que se ríe. Su amplia y chata nariz, y el oscuro lunar que tiene en medio de la misma, que cada año le revisan en el hospital para ver si no ha crecido de más. Y me encantan las cejas falsas que ella se dibuja delgaditas cada mañana usando un lápiz.

También quiero mucho a Mi Mamá. Nunca he conocido a Mi Papá. O tal vez sí, pero no me recuerdo. Estaba a punto de cumplir dos años cuando él se fue. Por teléfono suena que es bien buena gente. Su voz es profunda y áspera, pero también suave, como una piedra afilada brincando al hacer sapitos sobre el agua. Siempre hablo con él después de hablar con Mi Mamá. Yo recuerdo todo de ella. Su voz severa, pura ola rompiendo en el mar. Así suena cuando se enoja conmigo. Y su aliento huele a pepinos recién cortados.

Primero hablo con Mi Mamá y ella luego le pasa el teléfono a Mi Papá. A veces soy muy tímido con él y Mi Mamá tiene que estar a la par de él. Otras veces Tía Mali le cuenta cosas que he hecho durante la semana.

Ellos mandan fotos de vez en cuando y en ellas Mi Papá parece un hombre fuerte y amable. Me gusta su bigote grueso. Su espeso pelo negro. Sus dientes grandes. La cadena de oro que usa sobre su camiseta y lo musculoso que es. Todos en el pueblo me cuentan historias de él, pero no le he preguntado nada a él, porque me pongo muy tímido.

Ahorita, El Abuelo está hablando con ellos. Tratando de que yo no escuche lo que dice. Pero sí escucho. He estado escuchándolo todo el rato. Tengo buenos oídos.



Escucho a El Abuelo decir «Don Dago», y luego algo que no entiendo y después dice, «para el Día de la Madre».

Don Dago es el coyote que llevó a Mi Mamá a La USA, hace cuatro años. Ha estado viniendo a la casa más seguido. Ya sé qué está pasando. No soy pasmado. Yo saco las notas más altas en mi clase y cada año recibo un diploma por ser el mejor estudiante.

Día de la Madre. Cada año las monjas de la escuela nos obligan a bordar *Feliz Día de la Madre* o *Feliz Día del Padre* con hilo rojo y azul en pañuelos. Todos los años. Al menos las pes son más fáciles de bordar que las emes. Pero desde segundo grado, mis amigos y yo, empezamos a bordar los nombres de nuestros abuelos. Es más fácil así.

Pero este Día de la Madre va a ser diferente. ¡Este año finalmente será el año que voy a ver a mis papás! Este año voy a bordar el nombre de Mi Mamá en un pañuelo y se lo voy a entregar en persona.

—Va a llegar allá antes de medio año. No va a pasar frío como cuando vos pasaste por las montañas —dice El Abuelo, suavemente, como que si yo no supiera que están hablando de mí.

Trato de no verme tan feliz, de no sonreír, pero me cuesta no correr de la emoción, no botar las mesas que El Panadero tiene en su sala, no correr de vuelta a la casa. Me cuesta no salir corriendo para la clínica donde trabaja Tía Mali. Ella sale del trabajo a las seis. No sé si voy a poder hacer como que no estoy feliz cuando la vea. Pero hago como que si no pasa nada. Camino de vuelta a la casa agarrándole la mano a Abuelita Neli. Camino despacio, a su ritmo, apretándole la mano hasta que nuestras manos empiezan a sudar y nuestro sudor dice:

—Va a pasar. Al fin va a pasar.

Tía Mali entra corriendo al cuarto. Ella atraviesa la sábana que cuelga de la pared y que usamos de puerta, la atraviesa gritando:

—¡Chepito! ¡Chepito! —En la mano lleva una cartera negra que Mi Mamá le envió hace unas navidades—. ¡Acabo de hablar con ellos! —Tira la cartera sobre el tocador que está a la par de su cama.

—¿Con quiénes?

—Con tus papás, tontito. —Me gusta cuando me dice así. Suena como cuando la lluvia entra por los hoyos en el techo y cae en unos cuchumbos de metal que ponemos en el piso para que no se inunde el cuarto.

—Ya escogieron la fecha. El mes que te...

Ella no sabe que escuché a El Abuelo hablar con ellos.

—¡Alegrate! ¿Quieres saber cómo escogieron la fecha?

Sonríó porque quiero saber. Pero también porque Tía Mali desamarró facilito uno de sus tacones negros, pero todavía pelea con el otro.

—Una amiga de tu mamá dice que deberías llegar antes de agosto, así vas a aprender a hablar inglés antes de que comience la escuela.

Tía Mali se sienta en su cama y alcanza la mitad de limón que dejó esta mañana en un vaso, la mitad que no usó y que está llena de moscas de fruta. Apacha el limón sobre sus pies y luego se los seca usando una toalla.

—Tan raros los gringos que comienzan a estudiar hasta en septiembre, ¿ve'á, Chepito?

—Aja —le respondo y miro hacia el techo y luego por la ventana que está a la par de mi cama—. ¿Por qué no empiezan a estudiar en enero como nosotros?

—Jaber —dice ella, levantando hombros y mientras se pone unas yinas de plástico. Tía Mali camina por la cocina hasta llegar al jardín de atrás. Ahí tira el limón que usó



ahorita. La puerta-sábana sisea atrás de ella cuando regresa al cuarto. Luego brinca sobre la cama.

—Supongo que así vas a haber estudiado seis meses más que los gringuitos y vas a ser más listo que ellos. —Ella le agrega el *ito* a todo—. Y, además, en el primer día todos son nuevos.

Ella toca el colchón con su mano derecha. Es la señal para que yo camine sobre el piso frío. Ya casi no se siente mal olor. El limón le ha ayudado a Mali a quitar el olor a pata chuca de sus pies, más que cualquier otra cosa que intentó usar. Los talcos no hicieron nada y ese extraño remedio que hizo con vinagre, miel y clara de huevo solo hizo que le apestaran más los pies.

Hacemos lo mismo cada noche. Cuando Tía Mali regresa del trabajo yo me acuesto a la par de ella y ella me cuenta el *chambre* de la clínica. Qué tiene cada paciente, los resultados de los exámenes médicos, las peleas entre doctores. Y cuando no hay nada que contar, lo aburrida que estuvo ese día.

Ponemos los pies en la pared y la cabeza a la orilla de la cama y miramos el anochecer al otro lado de seis tejas de vidrio que forman algo parecido a un tragaluz en el techo. Por el vidrio vemos que salen las primeras estrellas. Eso significa que ya casi vamos a cenar.

Tía Mali tiene apenas veintitrés años, y alguna vez escuchó que poner los pies contra la pared ayuda a prevenir la «ce-lu-li-tis». Me gusta esa palabra. Ce-lu-li-tis. Cada mujer que va al puesto de pupusas de Abuelita Neli habla de la celulitis como si fuera una plaga. Abuelita Neli vende pupusas enfrente de la clínica donde trabaja Tía Mali desde que Mi Mamá era una niña. Mi Mamá incluso la ayudaba. Tía Mali también, hasta que entró al bachillerato y luego empezó a trabajar como secretaria en la clínica. Así que ahora Tía Lupe —la más pequeña de las tres hermanas— es quien ayuda a Abuelita Neli a hacer y vender las pupusas.

Con los pies en la pared y sin más *chambre*, Tía Mali empieza a contarme de sus enamorados.

—Fijate que El Dentista fue a verme hoy...

Me distraigo y recuerdo que hoy Tía Mali llegó tarde al trabajo otra vez. ¡Y eso que la casa está a pocos metros de la clínica! Casi siempre se le olvida pintarse los labios y yo tengo que recordarle que lo haga. Luego ella ve la hora en su reloj dorado marca Casio y grita «¡Puya!». Eso significa que otra vez va tarde al trabajo. Ella sale corriendo del cuarto, casi arrancando la sábana del hilo que la sostiene. Se va, sus pies zapateando por la calle, jugando con las llaves. Cuando llega a la clínica Tía Mali pasa corriendo a la par de la gente que hace fila desde temprano para ser atendidos de primero. Pero nunca se le olvida darme un beso en la frente y yo dejo la cera roja de su pintalabios por unos minutos en mi cara antes de borrarla.

Cuando a Tía Mali se le olvida desayunar, Abuelita Neli me manda a llevarle una pupusa envuelta en papel aluminio o un poco de pan dulce en una bolsa de papel, y yo tengo que caminar la calle polvosa hasta llegar al escritorio de Tía Mali, que está a la par de la entrada de la clínica. Cuando estoy de vacaciones, ayudo a Abuelita Neli a vender fresco de ensalada, de marañón, de chan y la mejor horchata del mundo. Soy un buen vendedor. Aprendí viendo a Mi Mamá. Ella les entregaba a los clientes la bebida que habían pedido en una bolsa de plástico.

De vez en cuando alguien del otro lado del pueblo, cerca del muelle donde creció Mi Papá, nos dice, «Mándenle saludos a Javierón». Mi Papá tiene varios apodos y la verdad es que no sé qué significan. Lelota es el más difícil de todos, porque ni siquiera es una palabra de verdad. Hay otros más obvios como Alacrán, pero no sé cómo le pusieron ese apodo y, claro, nunca le he preguntado.

—Fulano y Mengano le mandan saludos —le digo a Mi Papá por teléfono.



—Deciles que yo también les mando saludos —dice, y pregunta cuántos nueves y dieces he sacado en la escuela y en qué clases.

Luego de hablar de la escuela, hablamos de mi salud. Después hablamos de las cosas que me mandaron la última vez, y me toca decirle a Mi Papá qué juguetes o ropa quiero que manden en el próximo paquete.

Al final, nunca antes, sino hasta que nos despedimos, le pregunto a Mi Papá que cuándo lo voy a conocer. A Mi Mamá le pregunto lo mismo, que cuándo voy a conocer a Mi Papá. Otros niños ya están allá con sus papás o están a punto de salir de viaje. Siento como que cada mes alguien más desaparece.

Un día estamos jugando pelota, a la hora del recreo, o jugando mica cuando de repente ¡puf!, desaparecen y ya nunca regresan. Casi todos se van en avión. ¿Cómo? No sé. Otros se van por tierra. Un carro los viene a buscar. Se van con un familiar o con el padre que no se ha ido. En la escuela no nos enteramos hasta después. Están aquí y después ya no. Nadie te dice que ya se van.

«Pronto», dicen mis papás. Siempre es «pronto». Pero «pronto» nunca llega y todavía estoy acá vendiéndole pupusas a la misma gente que le compraba a Mi Mamá.

«Paciencia, Chepito», me dice Tía Mali cuando me quejo que mis papás siempre me dicen lo mismo. Pero esta vez, hoy, es diferente. Después de que termina de contarme sobre otro de sus enamorados, Tía Mali voltea a verme. Me ve a los ojos y dice:

—Muy pronto vas a estar allá, tontito. Estoy muy emocionada por vos. —Y le creo.

Miramos a las estrellas. Tal vez Tía Mali se dio cuenta que estoy emocionado, porque empieza a contarme de la vez que Mi Mamá hizo El Viaje a California; es el único tipo de experiencia que tiene Tía Mali viajando al norte. Nadie sabe cómo Mi Papá llegó hasta allá. Parece que Mi Mamá llegó en dos semanas.

—Rapidito, rapidito —dice Tía Mali, rebanando el aire con su mano mientras habla, hablando más fuerte para mostrar lo rapidito que Mi Mamá llegó allá—. Ella cruzó por

San Ysidro, saltó un murito, subió un cerrito y corrió hasta llegar a un carrito que la llevó por una larga carretera, la carretera más grande que ella había visto, y pasó por Los Ángeles y por San Francisco, hasta llegar a San Rafael, donde la estaba esperando tu papá. —Tía Mali actúa todo con sus manos. Dos dedos yendo para adelante o para atrás muestran cómo Mi Mamá corrió por el cerrito. Una ola muestra cómo Mi Mamá saltó dentro del carrito. Manos al volante significa que Mi Mamá iba dentro del carrito.

He escuchado esta historia miles de veces, pero no me sé los detalles. Sé cosas generales: ella se fue y llegó allá dos semanas después. Ella corrió, saltó, se escondió, manejó. ¿Quién manejó? ¿Ella? ¿Quién la llevó hasta San Rafael? Yo quiero ver los cerros por donde ella corrió y los árboles que crecen allá. El muro. ¿Está hecho de ladrillos? ¿Tiene alambre de púas? ¿Es alto? ¿Los caminos son de tierra o de asfalto? ¿Son amplios o estrechos? Quiero detalles, pero no creo que Tía Mali sepa más de lo que me ha contado, y cuando ella habla yo me quedo callado. Eso es algo que no me gusta de mí mismo. Soy muy tímido. En la escuela los bichos populares se burlan de mí y yo no digo nada. Yo me escondo.

Sé que mis papás querían esperar hasta que yo estuviera más grande para mi Viaje. Ojalá no piensen que soy muy chiquito todavía. No soy. Tengo nueve, pero ya puedo saltar el cerco que separa nuestra casa de la del vecino, y eso que tiene alambre de púas. Cuando nuestra chucha, La Bonita, persigue a las iguanas que viven en el palo de aguacates hasta al terreno de Niña Yita, yo me arrastro debajo del cerco como ella, o subo por los postes de madera donde está envuelto el alambre de púas y brinco para el otro lado. Nunca me he lastimado. No he tenido ni un solo raspón.

—Pero allá hace frío —dice Tía Mali—. Tu mamá dice que se enfermó en los cerritos y se sintió mal por varios días.

—Pero ya está bien —digo. Tía Mali juega con su pelo colochó y mira el tragaluz. Levanta sus cejas negras que parecen un par de orugas; siempre hace así cuando está



pensando. Se queda un rato así, viendo las tejas de vidrio, entonces le pregunto—: ¿Querés ver las nuevas fotos que me mandó Mi Mamá?

—Sí —dice suavemente y alcanza el álbum de fotos que está ya en la cama, debajo de su pierna sudorosa. Su piel se pega a la portada verde del álbum y el álbum le deja una marca en el muslo. Pero no me importa. No me enoja porque al menos sus pies apestosos no están cerca de las fotos.

Mi Mamá me envió este álbum en febrero, cuando cumplí nueve años. Mi foto favorita es donde ella aparece en su trabajo, disfrazada como uno de los muñecos de Toys «R» Us. No es Geoffrey, la jirafa; ese disfraz le queda grande a Mi Mamá. Ella no es muy alta, es apenas un poco más alta que Abuelita Neli, pero más chiquita que Tía Mali, que mide un metro sesenta.

En la foto Mi Mamá está dentro del disfraz de la otra jirafa, la más pequeña, la que tiene escrito Baby Gee en el babero, y su cara aparece detrás de una pequeña pantalla negra. Me da risa esa foto. Río cada vez que la veo. Se mira muy linda Mi Mamá cuando viste su traje de jirafa bebé.

Después de esa foto, mi favorita es una donde Mi Mamá está frente a la cámara, vestida con una enorme camisa polo azul (tal vez es de Mi Papá) y con el Golden Gate de fondo. El Golden Gate es un puente enorme, «El puente más grande que alguien haya construido», escribió ella en la parte de atrás de la foto. Le cuento a mis amigos de esa foto.

Me encanta el pelo negro y liso de Mi Mamá. Cuando estaba acá ella peinaba su fleco enfrente del espejo con laca. Allá lo peina igual. Me encanta cuando el viento agarra el pelo de Mi Mamá, como en esta foto, y atrapa el fleco y no lo deja moverse. Ella sale sonriendo. Cuando Mi Mamá sonríe nunca pela los dientes, pero siempre inclina un poco su cara a la derecha como para escuchar un secreto. La cara de Mi Mamá tiene forma de corazón.

—¿Ya viste? Allá todo es bien bonito —le digo a Tía Mali, señalando las montañas que están detrás del Golden Gate. Su cara redonda parece estar diciendo que sí, que allá todo es muy bonito—. Pronto voy a caminar por ese puente —digo, cada vez más fuerte, como si acabara de meter un gol. Señalo a las columnas gruesas y rojas del puente—. Te voy a mandar una foto de aquí, igualita a esta.

—Sí, por favor, Chepito. No te vayás a olvidar de mí.

Nunca podría olvidarme de ella.

**17 - 3 - 99**

Mis papás decidieron contratar a Don Dago, un señor que visita nuestro pueblo pesquero unas dos o tres veces al año. Nuestro pueblo no es San Salvador. Ni siquiera es Zacatecoluca. Tiene una entrada y una salida. Una calle de asfalto llena de hoyos, que llega hasta el muelle donde los pescadores salen antes del amanecer y vuelven al medio día a vender la pesca del día. Para el invierno, cuando no deja de llover, la calle de asfalto y el otro camino (el más pequeño, el de tierra, donde vivimos nosotros) se inundan. Varios centímetros de lluvia cubren todo el pueblo y Tía Mali y yo salimos a la calle a soltar barquitos de papel desde el puesto de pupusas de Abuelita Neli. Los hacemos de papel periódico o de algunas de mis viejas tareas y a todos les escribo la fecha con un marcador negro. A veces les pongo nombres raros. Mumra o Bulma. Otras veces les pongo los nombres de mis papás.

Nadie sabe cuándo va a venir Don Dago. Pero cuando al fin viene, llueva, truene o relampaguee, todo mundo se entera que vino y todos saben dónde encontrarlo: en la cantina de Doña Argentina, bebiendo una Suprema bien fría, fumando Marlboros y con un cenicero de vidrio a la par. La gente hace fila para preguntarle si cobra lo mismo para



llegar a Wa-ching-tón, a Jius-tón, o a San Francisco. Si lleva niños, si lleva mujeres. Si lleva hombres más viejos que él. Si le puede cambiar la vida a todos. Don Dago le cambió la vida a Mi Mamá. Tía Mali dice que Mi Mamá se fue porque no conseguía trabajo. Mi Papá se fue por asuntos políticos. «La USA es un país más seguro, con más pisto y allá hay trabajo para todos», me han dicho Tía Mali y Abuelita Neli.

Don Dago se sienta afuera de la cantina en una silla de plástico a la par de una mesa blanca también de plástico. Es la misma cantina a la que yo iba cuando El Abuelo se ponía a chupar en la casa. Yo llegaba y le compraba lo de siempre, una pacha de guaro El Muñeco, y luego me iba corriendo de vuelta a la casa para que se la tomara. Cuando El Abuelo se terminaba la primera pacha, yo corría de vuelta a la cantina a comprarle otra. Lo hacía una y otra vez hasta que El Abuelo se desmayaba en su hamaca. Siempre dejaba que me quedara con el vuelto y yo lo metía en mi alcancía de Super Mario, que no abrí hasta el año pasado, cuando mis papás dijeron que no tenían suficiente pisto para mi Viaje. Abuelita lloró cuando le dije por qué había roto mi alcancía. Yo lloré porque ella estaba llorando y porque me dijo que tenía muy poquito pisto.

El Abuelo dejó de chupar cuando Mi Mamá se fue, y Don Dago ha llevado gente de este pueblo a La USA desde antes que se llevara a Mi Mamá. Pero ahora, cuando camino a la par de la silla blanca de Don Dago, él le da un jalón a su cigarro y me saluda. Siempre a la par de él está un pequeño ventilador eléctrico que Doña Argentina saca para él, una extensión naranja zigzaguea hacia la cantina, al enchufe más cercano. El ventilador se sienta ahí como un chucho obediente que fue entrenado para lamer el sudor, que aparece en la camisa polo bien planchada que viste Don Dago, una polo desabotonada que deja ver un poco de su pecho canoso. Quiero tener pelo en el pecho como el de Don Dago, casi colochó, casi tan blanco como la sal, como la barba del Santa Claus que aparece en los anuncios de Coca-Cola.

En su muñeca izquierda Don Dago tiene un reloj de oro. Sobre su pecho peludo tiene tres cadenas de oro, cada una más gruesa que la otra. Tiene unas botas de cuero negras que hacen juego con su cincho de cuero también negro. Basta ver su ropa para saber que no es de La Herradura, ni siquiera parece ser salvadoreño. Se parece más a los rancheros que aparecen en las telenovelas mexicanas. Solo le falta el sombrero. En vez de eso lleva una cachucha de béisbol que cubre su cabeza pelona; el poco pelo que tiene lo pinta de negro y se le sale por los lados de la cachucha.

El elemento más sorprendente del atuendo de Don Dago es una pieza que no aparece ni siquiera en las telenovelas, es un monedero negro también de cuero. Ahí guarda sus cigarros, un encendedor BIC, un lapicero BIC, unos lentes de sol, chicles, todo lo que necesita excepto una pequeña libreta café que guarda en su bolsillo trasero. Con esa libreta Don Dago crea suspenso luego que la gente le hace preguntas como:

—Don Dago, disculpe, ¿cuánto cobra para ir a California?

—¿Dónde en California? Cada ciudad tiene diferente tarifa —responde, tomándose un trago de su cerveza Suprema.

—Los Ángeles. He escuchado a la gente decirle con timidez, como si le tuvieran miedo.

—¿Hombre o mujer? ¿Edad?

Tan pronto Don Dago obtiene respuestas, se hace un poco hacia adelante en su silla, levanta la nalga izquierda y alcanza su libreta. La abre como si fuera una navaja. Dentro tiene números que solo él entiende. Algunos están tachados. Y la única regla que tiene, y que todos en el pueblo conocen, es: prohibido negociar.

—La tarifa no es mía. Yo no puedo cambiarla —dice, mostrando sus manos de cara al cielo, luego de haberles enseñado los números a sus clientes, siempre con un cigarro en la mano—. No puedo cambiarla —repite, cuando alguien le dice por qué su hija, su hermano o ellos mismos tienen que salir del país.



El Abuelo dice que la gente pobre, los que son más pobres que nosotros, son los que necesitan a Don Dago, pero no pueden pagarle. Escuché a Abuelita Neli decir que hay más violencia ahora, así que cada vez más y más personas necesitan coyotes. En octubre del año pasado alguien le disparó a Papel con Caca enfrente de nuestra casa. Fue un día por la tarde. «Es porque tenía tatuajes», dijo El Abuelo. Las personas dicen que él era «malacate», que era un «marero», pero él me daba jalón en su bicicleta siempre que podía. Luego en noviembre le dispararon a Pedro. Y la Navidad pasada Don Guayo le disparó a alguien enfrente de su farmacia y después se fue para La USA. A Don Dago no le importa lo que dice la gente. Solo repite que no puede cambiar el precio y sonrío, mostrándole a los clientes sus dientes grandes y amarillentos, y que siempre están rectos y perfectamente alineados.

Tal vez Don Dago no le estaba mintiendo a El Abuelo cuando le dijo, «Soy apenas una perla de un gran collar de perlas, Don Chepe». Estábamos en la casa la segunda vez que llegó Don Dago. El Abuelo y él se sentaron en unas sillas de plástico, debajo de los palos de mango que tenemos en el jardín. «Todos tenemos necesidad de comer», siguió. Yo estaba jugando cerca, a la par de los palos de marañón. Desde que cumplí ocho Don Dago llega a la casa cada vez que está en el pueblo. Antes, solo había venido una vez.

Todavía recuerdo esa primera vez. Fue días después de que cumplí siete años, luego de haber ido dos veces a la embajada de Estados Unidos para intentar obtener una visa, luego de que fuera claro para nosotros que no iba a hacer El Viaje en avión. Don Dago me vio y dijo: «Todavía está muy chamaco». Lo veía tan alto. Más alto que El Abuelo. Ambos tenían sus camisas polo metidas en sus bluyines. Después de que se fue Don Dago, El Abuelo dijo, «Aparentemente este coyote de mierda tiene como regla no llevar a bichos menores de diez años». El Abuelo estaba bien bravo. Yo estaba triste. Otra vez tenía que esperar.

—Pero igual, cuando sea la hora ese cerote se lo va a llevar —dijo El Abuelo.

Nadie le falta el respeto a El Abuelo. La gente del pueblo le tiene miedo. Tía Mali dice que es porque estuvo en el ejército y todavía tiene una pistola. Yo creo que es porque sabe usar el machete y porque cuando alguien intenta robarle guineos, mangos o naranjas, El Abuelo persigue a los mañosos y les tira piedras con su hondilla. Niños o adultos, no importa. Igual les tira hondillasos. Los hermanos mayores de mis amigos también le tienen miedo. Mis amigos le tienen miedo. Hasta los chuchos evitan caminar cerca de él. Yo también le tengo un poquito de miedo a El Abuelo.

Espero que Don Dago haya cambiado su regla. Que yo tenga nueve años no va a evitar que yo vea a mis papás en mayo. He escuchado a la gente que le compra pupusas a Abuelita Neli decir que Don Dago «es el mejor coyote de la costa central de El Salvador», por eso es que cobra caro.

Tía Mali dice que Don Dago les dijo a mis abuelos que Mi Mamá iba a pasar por carreteras, que iba a subirse a buses, tal vez esconderse en algún baúl, tal vez esconderse dentro de un furgón. Les dijo que Mi Mamá iba a subir un cerro, alcanzar un carro, llegar con Mi Papá. Y Don Dago también hizo todo eso. Él estuvo con Mi Mamá todo el camino. Todos dicen que «él es un buen coyote». Mi Mamá se tardó dos semanas en llegar allá. Bien rápido. Bien seguro todo.

Los adultos no me cuentan mucho. A la única a la que puedo sacarle información es a Tía Mali, pero a veces ni siquiera ella sabe qué está pasando.

«Estamos juntando el pisto y ya casi tenemos suficiente. Pronto vas a estar con nosotros, Chepito». Mis papás me han dicho esto una y otra vez, por teléfono o en cartas. Yo sé que están juntando el pisto, pero no sé cuánto tienen ya. Imagino un número y lo escribo en todas mis tareas. Un número imaginario. Abro mis libretas, igual que como le hace Don Dago, como si fueran navajas, y escribo ese número ficticio justo debajo de la fecha, en la esquina superior izquierda de la página.



Estoy en la cama de La Mali mientras ella espera que una amiga la pase buscando para ir a bailar en el muelle. Hoy es sábado. Faltan días para que empiece la Semana Santa, pero el pueblo ya está de fiesta. Tía Mali se vistió para salir a bailar, se puso un vestido negro con cuentas brillantes en el ruedo y escote en la espalda. Sus tacones negros están a la par de la cama. Unas medias negras atrapan sus piernas. Ya le puso limón a sus pies y los secó con una toalla, y les echó perfume a sus tacones.

Me gusta cuando se acolocha su pelo grueso. Siempre lo tiene colucho. Pero cuando le echa un poco de espuma y laca se le pone requetecolucho. Se pinta los labios con su pintalabios favorito. No el color durazno o el rosado claro que usa cuando va al trabajo. Para los bailes se pinta los labios de rojo, pero de uno que no es tan rojo. Le da miedo verse pura bruja. Por eso siempre que sale de la casa para ir a trabajar, o cuando va a una fiesta, se para enfrente del espejo, como lo hace ahora, y me pregunta, «¿Me miro pura brujita?».

Ahorita no. Me gusta el rojo de sus labios, tanto como el que aparece en mi mano cuando tapo la luz de la lámpara. Me gusta hacer eso cuando es de noche y tengo que ir al baño. Me gusta ver cómo la sangre pasa por mi mano. Me gusta verla atrapada ahí.

—El Dentista es muy exigente y chupa mucho. No quiero encontrármelo —dice Mali, molesta. Sus cejas orugas, juntas y apretadas, dibujan arrugas en su frente.

Busco estrellas a través del tragaluz, medio poniéndole atención a lo que dice.

—Tu mamá hizo su viaje rápido, rapidito. Fue un viaje para mojados exprés —dice, riendo. Ahora tiene toda mi atención—. Vas a estar bien. No estoy preocupada por vos, Chepito.

Mali dice que Mi Mamá llamó a la casa tan pronto cruzó. Me gusta esa palabra: cruzó. Imagino un crucifijo. Tal vez el muro está hecho de un montón de pequeños crucifijos.

—Tu mamá tomó agua de zanjas, pero no le pasó nada —dice, doblándose las pestañas. Cuando La Mali dice «zanjas», imagino a Mi Mamá como una vaca, luego como un caballo, después con su traje de jirafa y de rodillas, bebiendo agua chuca.

«Regreso pronto, mijo. Voy a volver, te lo prometo», dijo Mi Mamá hace cuatro años, estábamos en este mismo cuarto. El cuarto era color índigo. Recuerdo las paredes oscuras. El sol empezaba a salir y la luz golpeaba la cresta de los mirtos blancos y rosados que están afuera de mi ventana, a un lado de la cama que compartía con ella.

Yo tenía los ojos medio cerrados, pero recuerdo a Mi Mamá besándome la cabeza y mis cachetes. Con sus dedos dibujó una cruz en mi frente y dijo algo para sí misma. Luego se arrodilló junto a la cama y me vio a los ojos y dijo, «Te quiero mucho».

Me arrepiento de no haberme despertado para Mi Mamá. Me gustaba ver cuando se arreglaba para salir. Por eso es que me gusta ver a La Mali cuando se echa base, cuando se dibuja las cejas, se pinta los labios, se dobla las pestañas y les echa rímel. Semanas antes de irse Mi Mamá me dijo que se iba a ir por un rato, pero no me dijo cuándo o por cuánto tiempo. Yo acababa de cumplir cinco años. Cuando Mi Mamá hizo una pausa a la par de la puerta yo cerré los ojos y me volví a dormir.

—¿Te acordás de Roberto? —pregunta Tía Mali.

Al principio yo no me iba a ir con Don Dago. Hace dos años mis papás trataron de que hiciera El Viaje por avión. Hay otro coyote que no lleva gente. Él lleva cartas, videos y comida de acá para allá. Don Leo se llama y también trae cosas de allá para acá. Una o dos veces al año trae cajas llenas de LEGOS, ropa, videocaseteras, tostadoras y otras cosas. A Don Leo se le ocurrió que yo podía irme en avión. Cuando supimos que así había llegado a La USA mi amigo y vecino Jeffrey, mi abuela le preguntó que cómo



se hacía. Parece que familiares de Jeffrey empezaron a decirle a la gente que los gringos le habían dado la visa, pero Mali dice que él usó la visa de alguien más.

Don Leo conocía a alguien que tenía un hijo de mi edad. Me aprendí de memoria el cumpleaños de ese niño, su lugar de nacimiento, el nombre de sus familiares, hasta me fui a cortar pelo para parecerme más a Roberto. Yo no me parezco a Roberto. Soy más moreno que él. El papá de Roberto, Don Roberto, me dijo que no jugara bajo el sol por unas semanas. Ni siquiera iba al colegio sin llevar una sombrilla.

—Don Roberto recibió ochocientos dolaritos, para cubrir sus gastos —dice Tía Mali, echándole polvos a su cara—. Luego había que pagarle mil quinientos más, si pasabas la entrevista en la embajada, y otros mil quinientos cuando llegaras con tu mamá —sigue con su mismo tono suave, como si ya me hubiera contado esta historia, pero es la primera vez que la escucho.

Recuerdo aprenderme todos los detalles de mi vida nueva, de la vida de Roberto. Mis papás conocían a muchos niños que habían llegado a La USA así. Yo, el Roberto Falso, me iría en avión, me bajaría en La USA y enviaría por correo el pasaporte a Don Leo, quien conoce a alguien en el aeropuerto de El Salvador. Esta persona luego le pondría un sello al pasaporte de Roberto. Sería como un fantasma agarrando un avión de vuelta a casa.

—Te ayudé a practicar, ¿te acordás? —dice Tía Mali, dándose la vuelta tras terminar de maquillarse—. ¿Cómo me miro? —La voz de La Mali es hasta más suave cuando tiene miedo, cuando hace este tipo de preguntas, y las hace cada mañana.

—Bonita —digo, en referencia al nombre de mi chucha, pero Tía Mali sabe que pienso que ella se ve hermosa.

Practicamos mi entrevista en esta cama. Cuando la gringa de la embajada me hizo las preguntas, yo no dudé. Ella estaba detrás de un vidrio a prueba de balas y yo no vacilé.

Me sentía orgulloso, engañando a la gringa. Me sentía como James Bond o La Usurpadora. Pero luego la gringa le dijo a Don Roberto, «Señor, ¿este es su hijo?».

La voz de la gringa era suave, para nada amenazante y tenía un acento hermoso, como el que tienen los gringos que salen en las películas mexicanas hablando español. Grandes gotas de sudor empezaron a salir de la frente y axilas de Mi Papá Falso; un pequeño charco de sudor apareció en su pecho.

«¿Este es su hijo?», preguntó la gringa otra vez, acercándose al cristal, con su voz más fuerte.

Don Roberto me vio casi entrecerrando los ojos. Sus ojos cafés, todo su rostro inclinándose a un lado como si estuviera disculpándose por algo. Vi fijamente a la bandera de Los Estados Unidos que estaba detrás del pelo castaño de la gringa. Conté las estrellas. El papá de Roberto me agarró de la mano y me llevó lejos del vidrio a prueba de balas, sobre los azulejos de linóleo, por la puerta de cristal, más allá de los guardias, lejos del pasadillo de seguridad, hasta llegar a la calle.

Estaba triste, pero no lloré. No hasta que llegué a la casa y abracé a Abuelita Neli. Luego abracé a Tía Mali. Ambas me abrazaron al mismo tiempo. «No te preocupés, todo va' estar bien. Los vas a ver pronto», me dijeron, y entre las dos me levantaron; con mis piernas colgando en el aire.

—La Migra, ya sabés, los gringuitos malos, no agarraron a tu mamá —sigue Tía Mali.

Está a la par mía, tiene sus brazos sobre mis hombros, su pelo tieso en mi cara; se pasó con la laca.

—Tu mamá dice que no sabe cómo se pudo esconder tan bien de noche. —Imagino a Mi Mamá vestida de negro, corriendo hacia un palo, luego dentro de un arbusto, imitando la forma de cada uno—. Ay, y cuando cruzó, vio nieve por primera vez. ¡Nieve! —La cara de La Mali parece más redonda cuando sonrío. Sus ojos se hacen aún más grandes—. Yo tengo ganas de ver nieve, ¿y vos?